**LOS EVANGELIOS Y EL AGUA**

El agua es un elemento primordial de la vida. No en vano los científicos buscan evidencia de agua cuando tratan de encontrar signos de cualquier tipo de vida en mundos extraterrestres. La vida según la conocemos en la tierra no sería posible sin ella. La encontramos en distintas formas, ya sea en forma de manantial, de río o mar. Y siempre ha tenido un simbolismo en la historia de las religiones. En la Biblia , el agua se asocia íntimamente tanto a la vida física como a la espiritual, adquiriendo una importancia significativa la noción de "agua viva".

 Es precisamente en los Evangelios donde el agua adquiere un significado aún más profundo. Es el mismo Jesús quien nos invita a *beber el agua que Él nos da para no volver a tener sed jamás*. Con esta invitación, igual que con otras muchas, levanta el vuelo con sus palabras y a las personas de andar por casa nos cuesta entender lo que quiere decirnos. Así nos vemos obligadas a interpretar esas palabras a la luz del espíritu del Evangelio. Sólo leídas o escuchadas con ese filtro, adquieren todo su sentido.

 Un sentido muy metafórico presente en los relatos evangélicos, simbolizando al mismo tiempo caos y orden, muerte y renacimiento a la nueva vida. Jesús fue bautizado con agua, caminó sobre el agua y convirtió el agua en vino. Estas narraciones están basadas en las historias y experiencias de los antiguos israelitas, que utilizaron metáforas sobre el agua para entender mejor a Dios.

 Jesús comenzó su ministerio al sumergirse en el río Jordán (Mt 3,13-17). A pesar de las protestas de Juan el Bautista, Jesús fue bautizado. Cuando salió del agua, los cielos se abrieron y el espíritu de Dios descendió sobre él "como una paloma". Uno podría leer este evento como una señal de la entrada de Dios en la experiencia humana. Jesús, a través de su experiencia en el agua, se sumerge en el caos de la humanidad y demuestra la limpieza del alma que viene a través de la gracia de Dios.

 Vemos la propia humanidad de Jesús en su inmersión en las aguas del bautismo. También vemos su divinidad cuando demuestra que él también puede controlar el agua. Jesús calmó una tormenta caótica (Mc 4, 35-41), caminó sobre el agua (Mt 14, 22-33) y convirtió el agua en vino (Jn 2, 1-11). Tomando el agua (un recordatorio del primer pacto de Dios con la creación) y convirtiéndola en vino (símbolo de la sangre del nuevo pacto), Jesús decía: "Si alguien tiene sed, venga a mí, y el que cree en mí, que beba. Como dice la Escritura, del interior de aquél correrán ríos de agua viva". (Jn 7, 37-39).

 El agua recorre los textos del Evangelio, y en el de Juan adquiere un mayor protagonismo. Son varios los pasajes en que aparece. Nos la encontramos en la conversación con Nicodemo (cap 3). Después encontramos a Jesús junto al pozo de Jacob conversando con la samaritana (cap 4). Luego aparece Jesús en la fiesta de las Tiendas, en la que tiene lugar el rito solemne de la ofrenda del agua (cap 7). Luego, de nuevo, cuando Jesús cura a un ciego de nacimiento siguiendo el mandato de que se lave en la piscina de Siloé para recuperar la vista (cap 9). Aparece el agua en el lavatorio de los pies con un significado diferente (cap 13). Y por último, el agua vuelve al final de la pasión y llena de misterio, cuando uno de los soldados traspasa el costado de Jesús crucificado y al punto salió sangre y agua (cap 19)

 Todo el Evangelio de Juan es un continuo "yo soy". También "Yo soy el agua". Llegar a Cristo puede ser una tarea de toda la vida, un Éxodo de "40 años". La sed está ahí, en nuestro interior y siempre busca el agua. El agua que calma la sed es Cristo. Él es la fuente, la roca viva, de la que brota el agua nueva. Una fuente de amor que se nos ha dado y que se nos da y de la que fluye la vida, la vida verdadera. La fe en Jesús es el modo en que se bebe el agua viva. Así el creyente se hace uno con Cristo, y porque lo ama y quiere amarlo se convierte también en un pozo, en un manantial, en un oasis del que brota agua fresca y cristalina, la fuerza dispensadora de vida del Espíritu Creador.

 Y en la medida en la que se va amando más, más se recibe ese espíritu que, a su vez, va aumentando la capacidad de amar. Quien entra en ese virtuoso círculo disfruta de una felicidad plena, honda y duradera. Convierte a la persona en "fuente de agua que brota para la vida eterna".